

Tregua o chantaje

JUAN CAMACHO
 MAESTRO

Estamos en vísperas de comenzar los Juegos de Mayagüez 2010, actividad deportiva que llena de júbilo y de orgullo a nuestra nación. Sin duda alguna, el respeto y la hospitalidad serán las actitudes predominantes hacia los atletas, periodistas y otras personas que nos visiten. De esa manera, aprovechar la ocasión de los juegos para continuar la lucha legal y pacífica que hemos librado en los últimos meses no es incompatible ni perjudica en nada la celebración de los mismos.

Insinuar siquiera que nuestro pueblo pueda ser hostil o poco hospitalario con nuestros atletas y visitantes si celebramos actos de lucha, parece algo disparatado o hasta chantaje.

La Historia nos dice que tanto las naciones como sectores de sus ciudadanos han utilizado la atención de eventos deportivos para adelantar sus causas de manera positiva.

El comportamiento de los atletas negros que levantaron el puño izquierdo en México 68 mientras recibían medallas en protesta por el discrimen racial en Estados Unidos no entorpeció dicho evento. En Montreal 76 se desarrolló una huelga de los trabajadores que construían las instalaciones para los juegos. En 1988 ciudadanos de Seúl desarrollaron una intensa lucha por lograr elecciones libres y justas mediante la presión local e internacional previa a los juegos.

Así también, en Barcelona 92 hubo huelga general previa a la Olimpiada y a la Exposición Universal de Sevilla. En Sydney 2000 hubo huelga de conductores de autobuses. En Atenas 2004 trabajadores de la construcción, así como personal hotelero y conductores de ambulancias celebraron huelgas aprovechando la ocasión deportiva. En China 2008 los tibetanos trabajaron duro para adelantar su causa mundialmente.

Como se observa, todos los actos mencionados no solamente son legales, sino comunes a las naciones que nos visitan y en ocasiones hasta manifiestan su solidaridad con éstos. Por tal razón, decir que los mismos deslucen o entorpecen los Juegos suena a chantaje.



JOSÉ R. PÉREZ RIERA
 SECRETARIO DE
 DESARROLLO
 ECONÓMICO Y
 COMERCIO

El término “república bananera” no es una designación geográfica. Se refiere más bien a una mentalidad, una filosofía de gobierno caracterizada por la intervención indebida del Estado en la actividad económica del país, barreras proteccionistas contra la inversión y el comercio exterior, excesiva reglamentación gubernamental, altos niveles de endeudamiento y similares políticas retrógradas y antiproductivas que conducen al subdesarrollo económico.

Es cierto que a través del tiempo el mote se ha aplicado a ciertos países latinoamericanos. Pero no porque cultivaran bananas, sino porque tenían políticas económicas equivocadas. Y si muchos de ellos están progresando económicamente hoy en día no es porque sean repúblicas ni porque hayan dejado de cultivar bananas. Es porque de un tiempo a esta parte han adoptado políticas económicas correctas, las mismas que hemos implantado en Puerto Rico en el último año y medio después de ocho años de regresión económica.

Latinoamérica atravesó una grave crisis fiscal y económica durante la década de los 80. Países como Brasil, Argentina y México se habían endeudado peligrosamente en los 70 para poder financiar su industrialización. Para principios de los 80 la región estaba endeudada hasta el 50% de su producto interno bruto, dando paso a un proceso acelerado de descapitalización.

Hoy la historia es diferente. Este año se espera que la economía brasileña crezca un 5.5%; Perú y Uruguay un 5%; Bolivia, Chile y Panamá, un 4.5%; y México, Costa Rica y República Dominicana, un 3.5% cada uno.

¿Cómo ha sido esto posible? ¿Qué políticas les han permitido a estos países adelantar su agenda de sacar a miles de la pobreza?

En términos generales, todos estos países han hecho ajustes estructurales en sus economías para fomentar un sector privado más fuerte y una economía más competitiva, balanceando sus presupuestos, fomentando alianzas público privadas, reformando sus sistemas de permiso y adoptando nuevas estrategias de exportación y desarrollo tecnológico.

Países como Chile, Colombia, Costa Rica y Perú han usado efectivamente las APP para desarrollar proyectos de infraes-



JOANNE M. RODRÍGUEZ VEVE
 ESTUDIANTE DE
 MAESTRÍA EN
 HISTORIA

En el 1967, “La Mallorquina” en el Viejo San Juan fue el centro de reunión para los 18 puertorriqueños que entonces decidieron formar una nueva entidad política dirigida a impulsar la solución política de Puerto Rico por vía de la soberanía. Esta nueva organización se constituyó bajo el nombre, Directorio Soberanista. Entre sus fundadores podemos mencionar destacadas figuras como Francisco M. Susoni, Eladio Rodríguez Otero, Rafael Soltero Peralta y Baltasar Quiñones Elías.

Las motivaciones que reunieron a estos visionarios puertorriqueños, son hoy, al cabo de 43 años, las mismas razones que impulsan en nuestros tiempos a otros puertorriqueños a organizarse para seguir las batallas inconclusas.

La organización Somos País, fundada por William Miranda Marín y el Instituto Soberanista, organizado bajo el liderato de Ángel Collado Schwarz, son ejemplos de nuevas organizaciones dirigidas a continuar labrando el camino para que los puertorriqueños, confiados en nuestras capacidades colectivas como pueblo, adoptemos la soberanía como camino único hacia una nueva alborada.

Ahora bien, los retos de ayer son los mismos de hoy. Todos los promotores de la soberanía tenemos que unirnos y para

estructura pública como aeropuertos, carreteras, y proyectos de energía, entre otros. Y 19 de 32 economías en Latinoamérica y el Caribe han implantado abarcadoras reformas tales como simplificación de procesos burocráticos mediante mejores servicios en línea, agilización de los sistemas de permisos y de registro de corporaciones y revisión de sus leyes contributivas, entre otras, según el informe “Doing Business” 2010 del Banco Mundial. Para lograr salir de la crisis, estos gobiernos tuvieron que redefinir sus modelos de desarrollo económico y lograr ajustes para enfrentar los tiempos.

Mientras, en los pasados ocho años Puerto Rico hizo caso omiso de las lecciones que habían aprendido nuestros vecinos latinoamericanos y postergó la implantación de los cambios que se necesitaban para evitar caer en esa crisis. El vertiginoso aumento de la deuda pública, la dejadez en la gestión gubernamental para hacer a Puerto Rico más competitivo y el rechazo a tendencias económicas globales, permitieron que el resto del mundo nos pasara por el lado. La falta de visión y de acción llevó a nuestra economía al borde del precipicio.

Ante esa crisis, esta Administración ha tomado las medidas necesarias para rescatar nuestro desarrollo económico. Diseñamos e implantamos un “modelo estratégico para una nueva economía”, que tiene como base la estabilización fiscal, sobre la cual descansan tres pilares: 1) restaurar el crecimiento económico a corto y largo plazo, 2) desarrollar nuestra infraestructura y 3) adoptar reformas que fortalezcan nuestra competitividad como la nueva ley de permisos, la reforma energética y la reforma contributiva.

Como resultado, ya vemos como la economía da claras señales de estabilización según demuestran cuatro meses consecutivos de crecimiento en el Índice de Actividad Económica del Banco Gubernamental de Fomento, la primera vez en cinco años que vemos ese tipo de crecimiento.

Luego de cinco años de recesión se hace aún más imperativo que todos contribuyamos a seguir haciendo los cambios estructurales e implantando las políticas que nos permitirán reencaminar nuestra economía hacia el crecimiento sostenible que todos nos merecemos.

Relevo soberanista

lograrlo, debemos poner en práctica el respeto a las diferencias y concentrar todo el esfuerzo en la gran meta: alcanzar la soberanía. Para lograrlo, tal como lo discutieron aquellos 18 puertorriqueños en el 1967, debe haber un partido político que permita ejercer el voto a favor de la soberanía. Luego de alcanzado el poder, las diferencias sobre cómo ejercer la soberanía deberán dirimirse mediante un ejercicio democrático.

Así pues, una vez los soberanistas logren aglutinarse en un partido y derrotar las fuerzas asimilistas y colonialistas, deberán elegir entre las dos únicas opciones de soberanía posibles para los verdaderos defensores de la puertorriqueñidad: la independencia o la libre asociación con Estados Unidos. De igual forma, un movimiento político soberanista dirigido a movilizar el mayor número de electores deberá postergar, hasta alcanzada la soberanía, la discusión de ciertos temas controvertibles, como la religión, el aborto, la pena de muerte, entre otros. Una vez alcanzado el objetivo común, los asuntos divisivos deberán ser sometidos a referéndum u otro método democrático a través del cual el pueblo soberanista manifieste su posición.

Asumamos el reto, tomemos el batón en el relevo.